

Amo las rosas

De verdad amo las rosas, de todos los tamaños y colores, pero las carmesí son mi debilidad. Hay alrededor de cien especies, la gran mayoría de Asia y un número reducido originarias de Europa, Norteamérica y norte de África. La isla de Rhodas, Grecia, lleva ese nombre por el cultivo de estas flores.

La historia de las rosas con o sin contenido poético sobran. El hecho es que se usaban en ornamentación y por sus propiedades medicinales y aromáticas los babilonios, los egipcios, los romanos y los sirios también tenían plantaciones fastuosas de rosales. Voy a dejar un poco la botánica para los instruidos en el tema; sepan disculparme, digo los instruidos.

Pero aún más amo su aroma. De hecho, una persona muy allegada a mí, Lilia, es quien despertó en mí esa fascinación por las “rosas té”. Ella es superlativamente fanática de una fragancia que manda a pedir a los Estados Unidos de América y tiene ese nombre, pero en inglés.

Debe contener algún tipo de feromona porque puedo asegurar que en mis peores días de tristeza o aciaga angustia, con sólo oler ese perfume todo se transforma. Pero a decir verdad lo único que se transformó es una sensación que produce mi olfato y llega a mi cerebro vaya a saber cómo, pero me olvido del motivo de mi pena. Suena a algún tipo de amnesia, tal vez así funciona.

Según Lilia me contó, leyó una novela donde se debatían el amor de una dama, creo que era una princesa, aunque no estoy muy segura, y el que se enamoró de ella finalmente, fue quien olió el perfume de “rosa té” en su piel y cayó perdido en las garras amorosas por siempre.

Será que todas queremos ser amadas de esa manera; con sólo oler nuestra piel se descubre el alma. Aunque suene extraño dime cómo hueles y te diré quién eres. No es necesario que emitamos una sola palabra, sólo la fragancia que emanamos es la simple respuesta a lo que se está buscando. A veces no estamos buscando nada, sólo que el sabueso nos encuentra y ahí es donde se descubre que la vida es eso, transitarla sin buscar nada, saber que cada día trae su afán y es ella, la vida, la que nos encuentra de repente, así, como si nada.

Claro que si hablo de las rosas también he de recordar que sus espinas son bastante infaustas. La abuela de una muy conocida mía pereció por una espina de rosa clavada en su mano. Cómo algo tan hermoso puede causar tanto daño; y sí, puede. No se había vacunado contra el tétanos.

Así que las rosas y las damas nos parecemos un poco; amarlas con mucho cuidado, porque si hay un descuido las espinas pueden causar bastante daño, hasta matar un corazón sensible o aún, algo desamorado. A tener en cuenta queridos hombres y evítense la amargura ya que para eso no hay vacuna. Pero sigan intentando, que de eso se trata.